

UN MODELO DE INTERVENCIÓN SOCIAL A TRAVÉS DEL ESTUDIO DE LA MEMORIA. UNA REFLEXIÓN HISTORIOGRÁFICA

Magdalena González Martín

(Universidad de Cádiz*)

Resumen

El estudio de la memoria de la violencia política en el plano local del tiempo presente tiene unas peculiaridades que requieren sin duda consideración en lo que atañe al papel del historiador. La investigación incide directamente en el objeto de la misma creando una unidad epistémica que no se había concretado con anterioridad y que genera consecuencias inmediatas. Es esta dinámica recíproca la que se analiza a partir de la experiencia en el estudio de la transmisión de la memoria generacional de la guerra civil en un pueblo de la provincia de Cádiz.

Palabras clave: memoria, generacional, guerra civil, democratización.

Abstract

The study of the violence political memory at the local level in the present time has some peculiarities that certainly require consideration as regards the role of the historian. Research directly affects the object of it creating an epistemic unit that previously had not materialized and that generates immediate consequences. This reciprocal dynamics is analyzed from the experience in the study of the transmission of generational memory of the civil war in a village in the province of Cadiz.

Keywords: memory, generational, civil war, democratization.

(*Grupo de trabajo Élités, notables y pueblo, HUM-557)

La afirmación de que el pasado es el presente de la memoria, y de la historia, está relacionada con mecanismos y formas específicas de concienciación que no son ajenos al espectro de las ciencias sociales. Es una singularidad del tiempo presente que el investigador atiende con frecuencia demandas sociales expresadas en muy diferentes maneras y grados, al tiempo que su propia especialización profesional concreta y genera la materia de su estudio y una específica acción social derivada. La “capacidad historiográfica” se amplía así en un doble sentido. Hablamos de testigos, transmisión de relatos familiares, fuentes orales y memoria traumática, indisolubles ya de la movilización ciudadana, terrenos en los que el historiador argumenta o asume portavocías e iniciativas que esperan la resolución de conflictos vigentes en el espacio democrático, pero con demanda de registro por parte de los actores, en explícita asunción histórica de la singularidad de su protagonismo. Es otra faceta más de la complicada, extraña e indisoluble relación entre memoria e historia, entre emoción y ciencia, entre relato y discurso.

El concepto de memoria compartida en su variante de “histórica” es demasiado amplio atendiendo a circunstancias, temporalidades y pasados distintos, pero tiene de particular, en los contextos de la violencia política, que se concreta en disputa con la apropiación que el Estado oficializa sobre lo que él mismo proyecta como historia. El mecanismo por el cual emergen interpretaciones alternativas referenciadas en la transmisión de la memoria está relacionado con el cambio social y con los procesos que alientan la cohesión de los grupos humanos. Al enemigo se le discute el triunfo apuntalado en la apropiación, en el silencio o en el olvido y se entiende que sólo con la recuperación de los nombres, de los lugares o de las voces perdidas, puede ser activada la reclamación identitaria de la que parte la movilización en la experiencia del presente. Por lo tanto se pone en marcha un proceso de indagación abierto, de búsqueda, de tarea o conversación generacional delegada, que trastoca y muda el papel convencional del investigador social y de sus competencias. Si a esto se le añade el que en las sociedades occidentales, la crisis de las expectativas sobre el tiempo del futuro convive no sólo con la sacralización del recuerdo sino con la proyección consecuente del acto como memoria futura, habrá que asumir la insuficiencia de los métodos tradicionales de la historia, obligada desde hace algún tiempo a considerar lo mudable, lo subjetivo, lo contradictorio y, por qué no, la propia expresión de la banalidad. Es la dinámica del empoderamiento y de las redes la que marca indefectiblemente la perspectiva del conocimiento cuanto éste se aproxima a lo que alguna vez se empezó por catalogar como el método humanista de la historia y a sus fuentes como documentos personales (PLUMMER, 1990).

Por otro lado, los “trabajos” de la memoria (JELIN, 2002) se ajustan igualmente en sucesivos marcos temporales, políticos, sociales y culturales que resignifican permanentemente lo sucedido con anterioridad. Nombrar crea, identifica, compromete o “señala”, dado el carácter performativo de la semántica mnemónica, necesitada siempre de agentes operantes en el plano social. Los emprendedores de la memoria (GONZÁLEZ CALLEJA, 2013: 126) articulan ésta como reflexión y como forma de acción, ahondando en el valor crítico de la categoría y en la posibilidad democrática y creativa que entraña. Pero lo destacable en lo que atañe a la historiografía es que, aunque ésta no pueda sustraerse a la idiosincrasia que señalamos y aunque sea evidente que

si alguna vez hubo una fórmula tradicional de la historia de ella queda poco o nada, hay rasgos propios a tener muy cuenta en el asunto que tratamos: por un lado su capacidad específica de “alumbrar”, como método, lo que no podría ser conocido de otro modo, y por otro, su mayor grado de libertad frente a las ataduras sentimentales del recuerdo y la identidad.

A continuación me propongo desarrollar lo apuntado hasta aquí, utilizando mi experiencia como investigadora de la transmisión generacional de la memoria de la guerra española de 1936. Lo haré en los dos planos señalados: el del historiador como agente de la memoria y el del método de la historia como generador de su propio contenido.

I

La práctica del método historiográfico en sociedades afectadas por el trauma de la violencia y la represión está marcada por múltiples condicionantes y presenta problemas epistemológicos y de método que no habían sido tenidos en cuenta con anterioridad. En el caso de España hay que tener en cuenta que la historia ha llegado despacio y tarde a la memoria del golpe de Estado y de la guerra y sólo cuando una demanda generacional renovada ha planteado la necesidad de entender el pasado sobre presupuestos distintos a los de sus predecesores y en consonancia con perspectivas globales antes no consideradas. Al mismo tiempo, y en una correspondencia no menos significativa, la reivindicación ciudadana de la memoria en el terreno de los derechos humanos se incorporaba al panorama social y político de nuestro país. Para amplias capas de la población española, el pasado dejaba de ser entonces heroico o anodino y regresaba convertido en cuestionamiento incómodo o reproche.

Es en este contexto de negociación emergente, en el que una nueva generación de historiadores, a partir de la última década del pasado siglo, empezó a formular sus preguntas y argumentos e irrumpió, junto con otros diversos colectivos, en la complejidad de un sistema activo desde el conflicto que se había visto favorecido hasta ese momento por la ausencia de determinadas memorias en el escenario público. La primera deriva fue que la discusión sobre lo sucedió en este país se incorporó a la reflexión acerca de la deficiente calidad de nuestro sistema democrático y la necesidad de su renovación partiendo de la ciudadanía. El discurso socializado por la dictadura y por las élites políticas de los setenta quebró sobre las bases de las oportunidades democráticas y de la modernización perdidas en los años treinta y en la Transición. La necesidad de argumentos para la comprensión, la negociación y la superación del conflicto implicaba a la historia.

La aparición de sujetos históricos en lucha por reafirmar su identidad en las sociedades plurales democráticas evidenciaba la insuficiencia de la historiografía ajena a los trazos, las huellas y los léxicos familiares que traducían los traumas del pasado. Ocurría que, contrariamente a lo que se había venido afirmando en relación con nuestro pasado más cercano, del que aún quedaban testigos vivos, no había investigación “superada”, como lo ratificaba la perdurabilidad de un conocimiento escamoteado, y el

requerimiento de divulgación y registro por parte de un público cada vez más consciente de la oportunidad del mismo como competencia biográfica, generacional (HIRSCH, 2015), ciudadana o identitaria. Faltaba, al menos, la palabra de las víctimas respondiendo a la interpelación cercana de diálogo con la memoria.

La manifestación mnemónica, siempre plural, aporta información relevante, articula tópicos narrativos, claves mnemónicas, y abre espacios interpretativos y de acción renovados. Convertida ya en fuente imprescindible para la historia, el recurso de la memoria sustenta también la “desacralización” imparabile del oficio académico, si tenemos en cuenta la popularización, como concienciación, de la asunción personal o familiar del “hábito de la historia”. Una representación explícita del pasado modela la interpretación del presente, atendiendo a la experiencia y a la apropiación subjetiva, a través de una red plural y abierta, donde cada pequeña huella adquiere significado (CARRIÓN, 2015). Las emociones y su sentimentalidad se abren paso como materia de las ciencias sociales en la sociedad de consumo y en la posterior de la crisis económica y posdemocrática en la que aquéllas también han pasado a ser dominio de la historia. La nueva escenografía del conocimiento y las interpretaciones admite las fórmulas más diversas, entre otras, las basadas en el esfuerzo colaborativo y en la transmisión generacional.

El científico social que ha preguntado, que ha escuchado la palabra dada y se ha interesado por lo reprimido, olvidado o silenciado (todavía en la actualidad), se ha tenido que adentrar en el espacio exiguo de lo familiar, lo grupal o lo local, definido, porque esa es su naturaleza, por servidumbres y códigos precisos. Se repara, frente al discurso uniforme, en la anécdota de lo cotidiano atravesada por “signos, reclamos, mandatos, tendencias” y se atiende a su carácter de discurso narrativo dotado de valor moral (MARINAS, 2007: 9-10). La complejidad para el historiador radica en conferir un significado a este imaginario en el que su trabajo se ve inmerso (CABRERA, 2008: 47).

Esta es la situación en la que mayoritariamente se han llevado a cabo las investigaciones que utilizan la memoria traumática de la violencia política como fuente documental, la misma, recordemos, que ha hecho factibles los presupuestos de la dinámica de la “recuperación de la memoria histórica”. Por lo tanto existe un marco específico en el que se desarrolla una relación ambivalente y problemática, porque el conocimiento que el historiador genera no está destinado únicamente a ser fuente documental o académica, sino igualmente, a nutrir imaginarios y a ser la base de una dinamización social y política determinada, la que a su vez lo retroalimenta y, en consecuencia, confía en su “lealtad” y compromiso, por encima de los argumentos de la práctica científica. La relación se estrecha si tenemos en cuenta que la historia proporciona, a partir de la incardinación de lo particular en un discurso universal, claves interpretativas de referencia para el grupo y para los individuos, en la medida que éstas desvelan, liberan y equilibran la memoria traumática generada por la represión política, social y económica instalada en los orígenes del conflicto.

El historiador que busca la memoria allí donde ésta nace, en el plano micro, en la intimidad, se ve impelido a ser agente o activador de la expresión de la

misma, ya que el desarrollo de la investigación recorre los hitos que marcan el camino de la reivindicación para las víctimas. Puede ocurrir que sea el iniciador del proceso o por el contrario puede que éste ya haya sido activado por otros posibles agentes, en cuyo caso, la especialización que lo distingue se verá participada por amateurs y simpatizantes locales con los que habrá de contar.

Concretando, si nos centramos en la España rural del siglo XXI perteneciente a la retaguardia de la zona sublevada, el desvelamiento difundido a través de los medios de comunicación del terrible dolor del pasado, con su inventario de huesos, fosas y familiares dando cuenta de lo sucedido y de sus quejas, ha podido ser compartido por muchos, ha contribuido a romper el silencio o la aparente indiferencia y ha uniformizado las expresiones de una sensibilidad determinada, fácilmente registrable, que es la que se ha recogido en muchos de los trabajos realizados en los últimos veinte años. De forma parecida, la respuesta institucional también se ha normalizado cuando ésta se ha resuelto a favor de la pretensión memorialística, y no en contra, como ha sucedido en tantas ocasiones. La gestión pública es otra de las solicitudes de las identidades ciudadanas que aspiran a ser reconocidas en las sociedades multiculturales y ha dado lugar a un catálogo popularizado de intervención política que tampoco puede desvincularse del rédito electoral.

En el marco de estos condicionantes es donde se da cumplimiento a la agencia cívica del historiador que por otro lado no podrá desligarse de sus objetivos. Sirva de ejemplo el siguiente, en el que formando parte de la investigación correspondiente, la búsqueda y publicidad de los nombres de las víctimas del golpe de Estado en una localidad de la provincia de Cádiz tuvo las siguientes consecuencias en el terreno comunitario:

Empezaremos haciendo referencia al acto de homenaje a los desaparecidos, en el que se leyeron por primera vez sus nombres en una plaza del pueblo. Los familiares ocupaban las primeras filas de una plaza abarrotada por vecinos de todas las edades y presidida por la bandera republicana. Se inauguró una placa conmemorativa que pasó a ser el primer lugar de memoria de una intervención urbana que fue extendiéndose posteriormente con el paso de los años.

A partir de otra de las fases de la investigación, en esta ocasión compartida y asistida por diversos colectivos sociales sensibles al movimiento de recuperación de la memoria histórica de la localidad, en la que sin embargo no llegó a cuajar una asociación de familiares de los represaliados, se inició la búsqueda de la fosa en la que se encuentran los desaparecidos. Durante un tiempo largo estas víctimas de la violencia fueron ocupando una actualidad cada vez mayor traducida en disponibilidad y colaboración con el trabajo en curso. Así, el Ayuntamiento, con la información que se le facilitó, actuó de oficio solicitando al juzgado comarcal correspondiente la inscripción fuera de plazo de estas personas. Se homenajeó también, por acuerdo unánime del pleno municipal, a sus funcionarios represaliados y se le dio el nombre del último alcalde republicano a una plaza. También se valoró la solicitud administrativa para la declaración como lugar de memoria histórica, según la ley andaluza que lo prevé, del granero privado en el que se efectuó la saca fatal en septiembre del año 36, que se mantiene en pie sin haber sido modificado, y de los restos

en la playa de los búnkers que formaban parte del Plan defensivo del Campo de Gibraltar, construidos por el batallón de soldados trabajadores republicanos que residió en el pueblo en los años cuarenta. La corporación municipal colaboró en la difusión de parte de los resultados del proyecto historiográfico haciéndose cargo de la publicación no venal y de la distribución de varias monografías, lo mismo que de la solicitud de fondos a los programas de la Junta de Andalucía para la realización de un documental en torno a lo sucedido en el pueblo. Otras iniciativas paralelas, pero motivadas igualmente por la misma influencia, fueron las desarrolladas en el plano escolar en el que se llevaron a cabo diversos programas interdisciplinarios basados en un diálogo intergeneracional, que pretendía la documentación de lo sucedido a través de las memorias familiares y propiciar la reflexión sobre la historia del presente y el sentido de la práctica democrática. Los programas de encuentros, conferencias, mesas redondas, sesiones de cine, exposiciones o emisiones radiofónicas han estado al servicio de un público interesado que en este caso se ha visto atendido principalmente por la iniciativa municipal asesorada.

Un aspecto de importancia más derivado de la práctica historiográfica fue la recuperación de documentación que estaba “perdida”. Las donaciones realizadas al archivo municipal fueron varias, alguna con documentación muy relevante, como la del fondo local de Falange. Asimismo el conjunto de entrevistas realizadas en el trabajo de campo de la investigación de referencia generó un fondo de fuentes orales, cuyas propiedad, custodia y gestión también son hoy del archivo. De manera complementaria se llevó a cabo un programa de recogida de fotos de la época que ha dado lugar a la existencia de otro cuerpo documental de procedencia privada, pero de gestión pública.

Por el contrario, la manifestación de la memoria disidente de este corpus ha permanecido recluida y ha sido voluntariamente escamoteada de la actualización comunitaria que hemos detallado. La única reacción conocida accidentalmente se ha producido en la esfera privada y ha sido la autoedición de una monografía destinada al consumo familiar y en la que se daba respuesta pretendidamente justificadora a lo que iba siendo difundido en el espacio público. Se ha creado así un nicho de silencio privado singular, de trayectoria opuesta, al que habría que prestar atención.

Hasta aquí lo que nos parece relevante de la interacción comunitaria con la investigación. Podemos concluir que, aunque ésta tuvo su curso y atendía a los objetivos propios de la ciencia social que es la historia, no pudo desvincularse de la movilización ciudadana descrita, porque en el origen de la misma estaba el empezar a hablar, el responder, el atender a unas preguntas y a una explicación que rompía el silencio y la sumisión mantenidos durante la dictadura y el proceso de transición. Los medios tecnológicos que facilitan la inmediatez de las respuestas y la concreción de un flujo de información mantienen el desencadenamiento de un mecanismo de retroalimentación que es novedoso en la creación de un modelo cognoscitivo, el que convive con fórmulas no profesionalizadas y el que nutre la demanda social sobre del discurso de la historia del tiempo presente.

La comunidad, desatendida de las conclusiones del trabajo científico, ha tejido sin embargo el relato particular y múltiple de la memoria, que aunque ha tenido

la referencia de aquél como pretexto inicial, se ha resuelto en planos diferentes y complementarios. Por un lado, en el público, con la difusión de una explicación actualizada de la experiencia de la violencia política y de sus consecuencias sobre las clases trabajadoras, que ha cambiado la valoración del pasado y del presente en el conjunto local. Y por otro, en el personal o familiar, con la asunción de claves explicativas diferentes a las tradicionales para las víctimas silenciadas de la violencia, del hambre y del atraso en el que una parte importante del conjunto de la población estudiada se incluye. De lo oculto a lo difundido, de lo reprimido al homenaje, de lo teórico a la acción, de lo profesional a lo amateur y a las aportaciones en red, pero también de lo concreto a lo general y de lo familiar a lo universal, en definitiva, de los cauces activos de la represión a una forma de contarse y de explicarse en consonancia con la universalización de las referencias de los derechos de las víctimas.

Lo actuado en torno a esta memoria ha reactivado ciertos compromisos políticos y ha mostrado su eficacia como herramienta propicia para la mejora de la capacidad ciudadana en el Estado de derecho. A muchas personas pertenecientes a la generación nacida en los años treinta y cuarenta, la reivindicación de la memoria les ha permitido recorrer un camino singular de asunción de valores democráticos con el que jamás hubieran contado. La asunción de que la relación con el poder ha de estar regulada sobre bases justas, del hecho colaborativo generacional o de que existe un patrimonio documental, del que la memoria forma parte, que ha de ser respetado y gestionado democráticamente para poder fundamentar las intervenciones o reclamaciones privadas, es una aportación valiosa que proviene, en este caso y junto con otros orígenes múltiples, del ejercicio de la historia.

El proceso descrito hasta aquí es mucho más complejo que el que se deriva de la acción descrita del historiador en el espacio local o familiar, pero nos ha interesado destacar el papel que ha jugado la práctica que está en la base de la construcción argumental que es la historiografía. En la actualidad, lo relevante es que el discurso de la historia pasa a ser también exigencia y patrimonio de la práctica cívica en las sociedades posdemocráticas avanzadas (SÁNCHEZ LEÓN, 2008: 47).

II

Las sociedades occidentales han desarrollado una cultura anamnética sustanciada en repensar la barbarie, en la referencia moral del sufrimiento de las víctimas y en recuperar lo perdido, lo extraviado. España continúa ofreciéndose como caso representativo y peculiar. En nuestro país y en las últimas dos décadas se ha producido una proliferación de testimonios y manifestaciones, que ha obligado al replanteamiento de los esquemas interpretativos historiográficos con los que se había venido trabajando hasta ese momento. Categorías analíticas como comunidad, trauma o cambio social, que están bien representadas en el corpus longitudinal de la memoria social, han forjado nuevos discursos sobre el pasado nacido del golpe de Estado y de la guerra (RICHARDS, 2013). El historiador que opera con fuentes mnemónicas se ve forzado a valorar este pasado como algo cambiante y en permanente construcción, aceptando que la memoria es un amplio catálogo de

proyecciones con capacidad de intervenir en el presente. Por lo tanto, la memoria no simplifica sino que multiplica los problemas del conocimiento desde el momento que interviene como actualización del mismo y deriva en acción.

La memoria colectiva está fijada en marcos concretos y se traduce en práctica e intervención. El método de la historia se aplica al estudio de las mismas en las sociedades sacudidas por la violencia, donde adquiere valor desde el presente lo que en el pasado podría haber sido juzgado como anecdótico. El procedimiento crítico convencional basado en el contraste de las fuentes documentales, en la utilización de marcos analíticos y teóricos concretos y en la valoración temporal del objeto de estudio, no se modifica en la historia del tiempo presente, que es la especialización que de forma más general trata con la memoria. Ahora bien, cuando se utilizan fuentes mnemónicas, en particular fuentes orales, los condicionantes que pesan sobre el historiador ya hemos visto que son complejos, porque, en especial, en la investigación sobre “el terreno”, las fuentes no existen previamente, hay que crearlas.

Aunque los archivos orales existen desde hace décadas, la historiografía española no está curtida aún en su uso normalizado. En general se ha venido optando por la realización de entrevistas ex profeso a partir de la generalización del método interdisciplinar y del antecedente previo del silencio o de la represión. De esta circunstancia nace la singularidad del problema epistemológico, porque aunque la metodología de las fuentes orales es conocida y está muy experimentada, ésta convierte al investigador en demiurgo de la expresión mnemónica que es el objeto de su conocimiento. Y éste es un acto que no ha perdido en nuestro país un carácter político o reivindicativo, lo que dota al trabajo académico de significados sociales ajenos, en principio, a su motivación.

Por lo tanto, el continuo debate sobre el pasado que hay en España incide en las implicaciones políticas que enfocan la producción y el análisis de estas fuentes. Esto se produce desde el momento en el que se corrige el discurso normalizado del poder, o el de las comunidades que aspiran a elaborar el suyo propio sobre las bases de la identidad y su aspiración al reconocimiento. Es evidente que la crisis del modelo tradicional de la historia presiona sobre el papel del historiador y sobre el significado de sus posibles aportaciones.

La voluntad interpretativa de la historia necesita cumplirse ajena a ese presentismo tan extendido en el consumo de la memoria normalizada que paradójicamente sólo podrá ser corregido con el empeño de mejorar el nivel educativo de la población. Lo que nos parece de mayor interés es que la irrupción de la memoria ha provocado el replanteamiento de los presupuestos del conjunto de las ciencias sociales y muy en especial de los de la historia. Lo que importa es que la conversión de la memoria en fuente para la historia, y ésta es la fórmula por donde habrá de discurrir su relación, llevará a la patrimonialización de la misma, lo que posibilitará su puesta a disposición para el conocimiento libre o para su análisis como categoría crítica.

La responsabilidad social del historiador, cada vez más demandada en las sociedades actuales que buscan la competencia crítica de su ciudadanía, pasa así por someter al método historiográfico los datos que ha obtenido y

construido a través de la manifestación del lenguaje. La voz del testigo (ALEXIEVICH, 2015) contiene, a veces, una verdad ineludible, pero no suficiente. Es decir, el sentido de la memoria se cierra fuera de su relato, lo que se constituye en la aportación específica de la historia.

Creemos que algunas de estas peculiaridades están presentes en la base del enfrentamiento argumental entre el hábito de la historia y el de la memoria, que por lo demás, no nos parecen vías de aproximación al pasado tan contradictorias o excluyentes como algunos se empeñan en afirmar.

Por consiguiente, el problema del acercamiento de la historiografía a los temas de la memoria social no estaría tanto en la dicotomía entre militancia o servicio profesionalizado a la ciudadanía, como en esta peculiaridad del “emprendimiento” de la memoria y sus consecuencias, con las que el método historiográfico tiene que lidiar.

BIBLIOGRAFÍA

ALEXIEVICH, S. (2015), *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*. Barcelona: Debolsillo.

CABRERA, M. A. (2008), “La historia y los historiadores tras la crisis de la modernidad” en Sánchez León, P. e Izquierdo Martín, J.(eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. Madrid: Siglo XXI.

CARRIÓN, J. (2015), “Sebald: doce variaciones y un epílogo” en VV.AA: *Las variaciones Sebald*. Barcelona: CCCB.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2013), *Memoria e historia. Vademécum de conceptos y debates fundamentales*. Madrid: Los libros de la Catarata.

HIRSCH, M. (2015), *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid: Carpe Noctem.

JELIN, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

MARINAS, J.M. (2007), *La escucha en la historia oral. Palabra dada*. Madrid: Síntesis.

PLUMMER, K. (1990), *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*. Madrid: Siglo XXI.

RICHARDS, M (2013), *Historias para después de una guerra. Memoria, política y cambio social en España desde 1936*. Barcelona: Pasado y Presente.

SÁNCHEZ LEÓN, P. (2008), “El ciudadano, el historiador y la democratización del conocimiento del pasado” en Sánchez León, P. e Izquierdo Martín, J. (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. Madrid: Siglo XXI.